

# Así comienza el caos

Luis Rubio

¿En qué momento se jodió México? Así comienza *Conversación en la Catedral*, la novela de Vargas Llosa, preguntándose por el momento en que empezó el declive de su país, el Perú. Ahora parece que el gobierno está empeñado en que los mexicanos sepamos que ese proceso comenzó al inicio de 2018, promovido conscientemente desde su seno. La pregunta es ¿en aras de qué, a qué costo?

En un país normal, el gobierno representa, y debe su función, al conjunto de la ciudadanía, no sólo a los de su preferencia o que votaron por él. Su obligación es desempeñar sus actividades dentro del marco de la ley, sin abusar sus facultades ni emplear las instituciones del Estado para fines particulares. Sin embargo, a lo largo de más de cinco años, el gobierno del presidente Peña ha evadido sus responsabilidades en múltiples ocasiones, ha recurrido a recursos sesgados y viciados para eludir la ley y justificado actos de patente corrupción con razonamientos y mecánicas concebidos para que sus funcionarios no paguen por los errores o potenciales delitos en que hayan incurrido. El desprestigio e impopularidad de que goza no es producto de la casualidad.

A pesar de ello, actúa como si estuviera en pleno control, como si las instituciones del Estado funcionaran de manera imparcial y profesional y como si su prestigio es-

tuviese en su zenit. Vaya, un gobierno que ya ni siquiera pretende tener el monopolio de la fuerza -lo que define al Estado- se ha arrogado la misión de perseguir a un candidato a la presidencia como si fuese un asunto de seguridad nacional, como si se tratase de una plaga pública y no de un contendiente que, con todos sus atributos y defectos, tiene el mismo derecho que cualquier otro ciudadano a competir por la presidencia siempre que lo haga por la vía legal.

Cuando se abandona hasta la pretensión de civilidad, lo único que queda es el caos o, como escribiera Diderot, “del fanatismo a la barbarie sólo media un paso”. Y el gobierno parece decidido a dar ese paso, sin reparar en las consecuencias de su actuar, es decir, de manera absolutamente irresponsable. Así es como comienza el principio del fin. Lo extraño, aunque no tanto, es que sea el propio gobierno -el supuesto garante de la paz- quien se empeña en empujar los límites de la civilidad en un país que ya de por sí vive no sólo una polarización extrema, sino una ausencia total de legitimidad en las instituciones gubernamentales.

En La República de Platón, Sócrates y Glaucón discuten el apuro de la gente encadenada en una cueva en la que los prisioneros intentan comprender las sombras que transitan en la pared frente a ellos. Recurro a la Alegoría de la Cueva para intentar comprender

la lógica gubernamental en su actuar frente a un contendiente presidencial al que, poco a poco, están convirtiendo en mártir.

Parece claro que la estrategia radica en crear una sensación de miedo a cualquier cambio como vía para preservar lo existente. Como estrategia electoral, la promoción de una determinada emoción constituye un mecanismo perfectamente legítimo y todos los partidos y candidatos en el mundo lo hacen de manera consciente y sistemática. El asunto aquí es que no es un partido o candidato quien está promoviendo esa emoción, sino el gobierno haciendo uso faccioso de las instituciones para avanzar su propio proyecto político, como si estuviésemos en los cincuenta del siglo pasado. Imposible no recordar la famosa admonición de Talleyrand: “no aprendieron nada ni olvidaron nada”.

No aprendieron de los riesgos de la polarización, no aprendieron de las consecuencias del intento de desafuero en 2005 y no aprendieron de lo que ha ocurrido en naciones como Venezuela, Zimbabue y tantas otras que, por actos y decisiones gubernamentales, condujeron al caos. Una vez dado ese paso, se torna cada vez más difícil recuperar la paz y la tranquilidad de la población, haciendo imposible gobernar.

La sociedad mexicana está enojada y esa

es precisamente la emoción que no conviene al gobierno atizar, pues conduce a decisiones electorales radicales. En esto, contrasta con naciones como China, donde el miedo al caos ha llevado a su gobierno, a lo largo de varias décadas, a acelerar el paso en sus reformas para satisfacer a la población y evitar situaciones caóticas. En México, el propio gobierno se ha atrincherado, dinamita la estabilidad de la que es responsable y se defiende como si el enemigo fuese la sociedad.

La democracia es menos sobre elecciones que sobre cómo resolver las disputas que se presentan en la sociedad y tomar las decisiones que se requieran para construir el futuro. El uso faccioso y sesgado de las instituciones conduce a la destrucción de las pocas instituciones con que cuenta el país y, peor, cuando quien avienta la primera piedra (y la segunda y la tercera) es un gobierno extraordinariamente desprestigiado por asuntos de corrupción que son infinitamente más graves de los que se acusa al susodicho candidato.

Por supuesto que debe combatirse cualquier acto de corrupción o presunta ilegalidad, pero lo que el gobierno del presidente Peña está haciendo recuerda otra frase famosa de Talleyrand, el estadista francés del siglo XVIII: “Ha sido peor que un crimen, ha sido una estupidez”.

@lrubiof

# Se desploma el poder adquisitivo del salario

Jesús Cantú

El porcentaje de la población con ingreso laboral inferior al costo de la canasta alimentaria aumentó del primer trimestre del 2005 (fecha en la que inicia la medición por parte del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social -Coneval-) al cuarto trimestre del año pasado (último reporte) en 6.2 puntos porcentuales, para alcanzar al 41% del total de la población. No se trata del salario mínimo, sino de los salarios reales que reciben los trabajadores y empleados mexicanos.

Cuando se realiza la revisión por cada una de las entidades federativas se encuentra que en Chiapas el porcentaje de la población cuyo ingreso laboral no le permite adquirir una canasta básica alimentaria (es decir, el nivel mínimo de bienestar) alcanza el 71.3%, es decir, casi tres cuartas partes de la población; en Guerrero es de 65.6 y en Oaxaca de 64.5, en estos dos casos son casi las dos terceras partes; y Morelos, Hidalgo y Veracruz, también presentan porcentajes superiores al 50% de la población. Y por arriba del 40% se encuentran San Luis Potosí, Zacatecas, Puebla, Tlaxcala, Tabasco, Querétaro, Tamaulipas y Campeche.

Únicamente 4, de las 32 entidades federativas, han disminuido el porcentaje de la población que se encuentra en esta situación del primer trimestre del 2005 al cuarto de 2017: Durango en 2.4 puntos porcentuales; Jalisco y Yucatán en 2.1; y Zacatecas en 1.1; el resto lo ha incrementado. Y cuando la comparación se hace únicamente en el último año, es decir, del último trimestre del 2016 al mismo período del 2017, el resultado es que 20 de las entidades federativas aumentaron el porcentaje de población que no pueden adquirir la canasta alimentaria con su ingreso laboral, destacando con los mayores incrementos: Hidalgo con 8.6 puntos porcentuales; Ciudad de México, 6.8; y Tabasco, 5.9.

La explicación del aumento de la población por debajo de la línea de bienestar mínimo radica principalmente en el aumento del valor de la canasta alimentaria y en la disminución o estancamiento del ingreso laboral en términos monetarios, lo que conduce a una disminución del salario real y en consecuencia no alcanza para comprar ni siquiera los bienes de la canasta básica.

El ingreso laboral real promedio cayó del segundo y tercer trimestres del 2005 (cuando alcanzó su máximo valor en pesos del primer trimestre del 2010) al cuarto trimestre del 2017 en 29%, es decir, prácticamente el ingreso laboral per cápita perdió una tercera parte de su valor en 12 años.

Esto es una consecuencia lógica de la mala calidad de los empleos que se generan en el país, pues únicamente del ter-

cer al cuarto trimestre del 2017, el número de empleos de más de 2 salarios mínimos decreció en 859 mil 914 y en contrapartida el de menos de 2 salarios mínimos se incrementó en 1 millón 103 mil 683 personas; los empleos mejor pagados están disminuyendo y los peor pagados están aumentando.

Tan sólo en el último año (cuarto trimestre del 2016 al mismo trimestre del 2017) el poder adquisitivo del ingreso laboral disminuyó 2.5%, únicamente durante el último trimestre del año pasado cayó 1.4%.

Ciertamente en el actual sexenio se ha incrementado el número de empleos formales en un número record, lo cual es una buena noticia desde el punto de vista de que al menos gozan de la protección de la ley; pero la mala es que éstos son los peor pagados y el ingreso que reciben por su trabajo ni siquiera les permite adquirir una canasta básica alimentaria.

En el mismo período de tiempo de 12 años la productividad laboral, es decir, la producción de los trabajadores por hora trabajada, se incrementó en 5.6%, que desde luego es muy bajo si se quiere crecer a tasas mayores al 4% anual. Sin embargo, sí es contrastante que mientras el ingreso laboral real cayó en 29%, la productividad laboral se incrementó aunque haya sido en un porcentaje muy bajo.

El contraste en la evolución del ingreso y la productividad laboral es, entre otros, una de las explicaciones de que la desigualdad de ingresos se siga ensanchando en México, pues los beneficios del poco crecimiento que se ha logrado los reciben los dueños de los medios de producción a costa de los trabajadores.

Este es uno de los grandes retos que enfrentará el próximo gobierno: impulsar el crecimiento de la economía nacional, abatir la pobreza extrema e avanzar en una mejor distribución del ingreso. Por supuesto que para ello se requiere la generación de empleos, pero que éstos sean de buena calidad y para ello tienen que concurrir varios factores. La productividad laboral depende, entre otros factores, de una buena preparación y capacitación de los trabajadores, pero también la calidad de la inversión y de la infraestructura y es evidente que en México no se han podido conjugar.

El desafío es diseñar e implementar un nuevo modelo de desarrollo económico que ya no dependa exclusivamente del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, donde la principal aportación de los mexicanos es la mano de obra barata. La transformación del modelo de desarrollo debe tener que darse con TLC o sin él, pues lo que se requiere es insertar al país en la economía del Siglo XXI y no seguir en la era industrial con peores resultados que los países más capacitados y peor pagados.

# Vidas desgarradas

Enrique Krauze

A partir de mañana, en varias salas cinematográficas de Cinépolis en todo el país, se proyectará la película documental *Beyond Borders*. Más allá de las fronteras. Se trata de una coproducción de Clio y el Independent Production Fund, compañía dirigida por Alvin Perlmutter, experimentado productor que ha ganado varios Emmys. El proyecto tardó una década en concretarse. Finalmente, con el apoyo principal de BBVA Bancomer y Cemex, otras instancias privadas y públicas, y el aporte generoso de Jaime Dávila, realizamos el documental. Lo que se recabe en taquilla irá al programa de la Fundación BBVA “Por los que se quedan”.

La película hilvana varias historias. Durante años, Julissa Arce temió que alguien, en cualquier momento, advirtiera su condición de indocumentada. Perdería su carrera como vicepresidenta en la casa de bolsa Goldman Sachs en Nueva York, sería deportada a México y quizá nunca podría regresar a Estados Unidos. Confinada por un sistema “que obliga a tomar decisiones que nos convierten en criminales”, compró documentos falsos. Así pudo acceder a un trabajo y pagar sus estudios. Al hacerlo honraba los sacrificios que sus padres habían hecho por ella. Aquella decisión cambió su vida.

La “paquetera” Elia Cano tiene una empresa de mensajería en Queens, Nueva York. “Un mini-UPS”, dice su hija, Isamar Padilla. Sus clientes son mexicanos, la mayoría indocumentados, que hacen envíos a sus familias en el estado de Tlaxcala. Cada semana, desde hace 15 años, Elia vuela de Nueva York a México y viaja después en autobús a Tlaxcala, para entregar los paquetes y recibir otros que las familias envían de regreso. Pero su labor no se limita a entregar y recibir paquetes: conoce a los familiares, habla con ellos, les transmite sus mensajes, los abraza, les toma fotografías. Es un puente entre las familias separadas por la migración. Isamar ayuda a su madre. Ahorra para cursar su maestría, pero su situación no es definitiva: los llamados “DACA kids” están en un registro de Migración y son rehenes de la política migratoria. Para Trump son moneda de cambio.

Los clientes de Elia cuentan historias tristísimas, pero llenas de temple. Don Raúl, por ejemplo, envía un dije a su esposa por su cumpleaños. Lle-

van casados 29 años, pero no se han visto en ocho. Está atrapado en Estados Unidos, no puede circular libremente. Pero su trabajo permite una vida digna a su familia en México: sus dos hijos estudian ya en la universidad.

Judith Zambrano e Ismael Amaro tienen una pequeña casa con jardín y un colupio en Tuscaloosa, Alabama. Él lava albercas, ella se dedica al hogar. Sus tres hijas son ciudadanas estadounidenses por nacimiento. Llevaron una vida normal hasta la promulgación de la ley HB 56 en 2011, que facultó a la policía para investigar la residencia legal de cualquier persona. La gente empezó a gritarles en la calle “¡lárgate a tu país!”. Dejaron de salir para evitar a la policía. Tuvieron que confesar a sus hijas que un día cualquiera su padre o su madre podrían no regresar de la calle. “No entiendo por qué no nos quieren aquí”, dice una de ellas. La respuesta la da un senador republicano: “Haría todo contra ellos, salvo fusilarlos”. En un momento, como varios otros mexicanos del lugar, la familia decidió emular a Martin Luther King. Se incorporaron al movimiento “Somos Tuscaloosa”. Pero la llegada de Trump ha plantado nuevamente la angustia. Habitan una zona de racismo extremo.

Alicia vivió 30 años en Estados Unidos. Allí se casó y tuvo dos hijos. Un día no respetó un semáforo en rojo. Tuvo que presentarse ante un juez y éste ordenó su deportación. Llegó a Tijuana sin conocer a nadie y con sólo siete dólares en el bolsillo. Han pasado seis años y no pierde la esperanza de volver con sus hijos. Algo similar le ocurrió a Yolanda Varona. Cuando se vio deportada y lejos de sus hijos pequeños, sintió que era mejor morir. Ahora sólo puede verlos a través de la reja que se extiende por la frontera, apenas pueden tocar sus manos cuando se encuentran. “No somos criminales -clama Yolanda-, nos fuimos buscando un futuro mejor, una vida segura para los hijos”. Y concluye: “se están destruyendo familias, se están destruyendo vidas”.

Más allá de las fronteras es un testimonio de esas vidas mexicanas, heroicas, precarias, desgarradas. Viven allí, sobreviven allí. Sus raíces están acá, sus parientes, sus muertos. La zozobra es su estado cotidiano. Viven marcados. Con la X en la frente.

www.enriquekrauze.com.mx

# Autogol comercial

Antonio Rosas-Landa

La administración Trump impuso aranceles del 25 y 10% a las importaciones de acero y aluminio, respectivamente. La buena noticia, México y Canadá no pagarán las nuevas tarifas. La mala, el riesgo de una guerra comercial y de un empeoramiento de la economía mundial es latente.

Primero, entendamos que los aranceles se imponen para proteger industrias. La idea es encarecer importaciones de modo que los productores domésticos gocen de ventajas en el mercado.

Pero la triste realidad es otra. Al encarecer las importaciones baratas los precios de los productos aumentan para el consumidor final. Es decir, si el metal con el que se fabricó una lavadora es nacional o extranjero no importa a quien la adquiere. Pero sí es relevante que sea más costosa por el encarecimiento de los insumos.

Y como el acero y aluminio están presentes en todas las cadenas productivas y manufacturas, el mundo puede esperar que los costos en la construcción, autos, camiones, electrodomésticos, herramientas, etcétera, sea mayor.

Por otro lado, una nación sí debe preocuparse por contar con condiciones justas de competencia. No sólo es vital comprar barato, sino que los productores domésticos se lleven una rebanada del pastel, pues de eso depende la creación de empleo y riqueza, así como las contribuciones fiscales que derivan de ambas.

Durante años los países asiáticos, predominantemente China, han ocasionado que el precio del acero baje saturando el mercado con producción barata y abundante. Entre otros factores, el costo de mano de obra ha contribuido a establecer condiciones no amigables. Por ejemplo: un trabajador del acero gana menos de 4 mil dólares anuales en China, mientras que el estadounidense percibe 60 mil. Pero, ¡sorpresa!, China sólo vende 3% del acero que Estados Unidos importa. En realidad, los grandes perdedores con los aran-

celes son Brasil, Corea del Sur, Rusia, Japón y Alemania que en conjunto aportan el 35% de las compras del metal. Es decir, el señor Trump va en clara andanada proteccionista sacrificando a países “amigos”.

Será interesante ver cómo Alemania empujará a la Unión Europea para hacer frente a los aranceles. Y qué medidas tomarán los emergentes Corea del Sur y China, o el envejeciente Japón para responder a Estados Unidos. De imponer aranceles compensatorios a las exportaciones estadounidense la amenaza de una guerra comercial avanzará. Para entender lo que nos deparara, la historia aporta un caso comparativo. En 2002 el presidente George W Bush impuso aranceles del 30% a las importaciones de acero. 21 meses después, y luego de litigios en la Organización Mundial de Comercio con la Unión Europea, Estados Unidos se echó para atrás.

Seguramente los productores de acero estadounidense gozaron de una bonanza efímera, pero el balance fue negativo. Un reporte de la Fundación CITAC concluyó que los aranceles al acero causaron la pérdida de 200 mil empleos en el país —más desempleados que el total de trabajadores acereros que había entonces, 197 mil.

Trump puede negociar condiciones comerciales más favorables para Estados Unidos cuando, en efecto, haya prácticas desleales. Condicionar el acceso al mercado más grande del mundo sí es válido cuando se tienen argumentos.

El problema es que en éste como en otros temas, nadie sabe si Trump entiende lo que está haciendo. Pelear con rivales estratégicos como China es entendible, pero perjudicar a aliados como Alemania, Japón y Corea del Sur sólo tiene sentido en Trumpilandia.

La gambeta comercial puede terminar en autogol para la economía estadounidense, pues el delantero Trump está hambriento por anotar, pero aún no entiende que sus avances son, también, en contra de su propia portería.